El toro eje central de la fiesta

Desengañémonos, el conocido como espectáculo más nacional, en sutil frase rescatada por el Conde de las Navas el último año del siglo XIX, ya no es ni tan nacional como lo fuera antaño, ni tan espectacular como quisiéramos verlo tantas veces. Los tiempos cambian, la fiesta con ellos, y hoy por mor de nacionalismos diferenciadores y exclusivistas y por la acción bien orquestada de grupos de presión detractores, ha perdido vigencia y cotidianeidad en muchos lugares de la también llamada piel de toro.

El fenómeno, desde luego, no es nuevo, pero sí se ha visto recrudecido en los últimos años, merced a un notable grupo de políticos periféricos, que por cuestiones de la ley electoral tienen un infundado peso en la política nacional y autonómica. Y al amparo de los mismos, de su afán en crearse ilusorios reinos de taifas sobre la base de falsedades históricas –bien aleccionadas en escuelas monolingües a su imagen y semejanza–, grupos antitaurinos han florecido como hongos en tarde otoñal. Bien regados por la abundante lluvia de subvenciones, algunos, incluso, se han profesionalizado en el sector, comiendo de una actividad que pretende la abolición del festejo, mientras se olvidan de los problemas candentes que acucian a la sociedad en todos sus frentes. Especialmente en el derecho a la vida de las personas, porque así como defienden al –para ellos– indefenso toro torturado hasta la muerte en la corrida, se erigen como atacantes de sus protagonistas humanos, aquellos que sí son verdaderos portadores de derechos y obligaciones en su esencia racional, y a los que denigran con insultos como asesinos o directamente les desean la misma muerte que ellos dan en el transcurso del espectáculo. Curiosa actitud ésta, que niega para el ser humano lo que, al parecer –y sólo al parecer– defienden para los brutos. No entraremos